

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 102

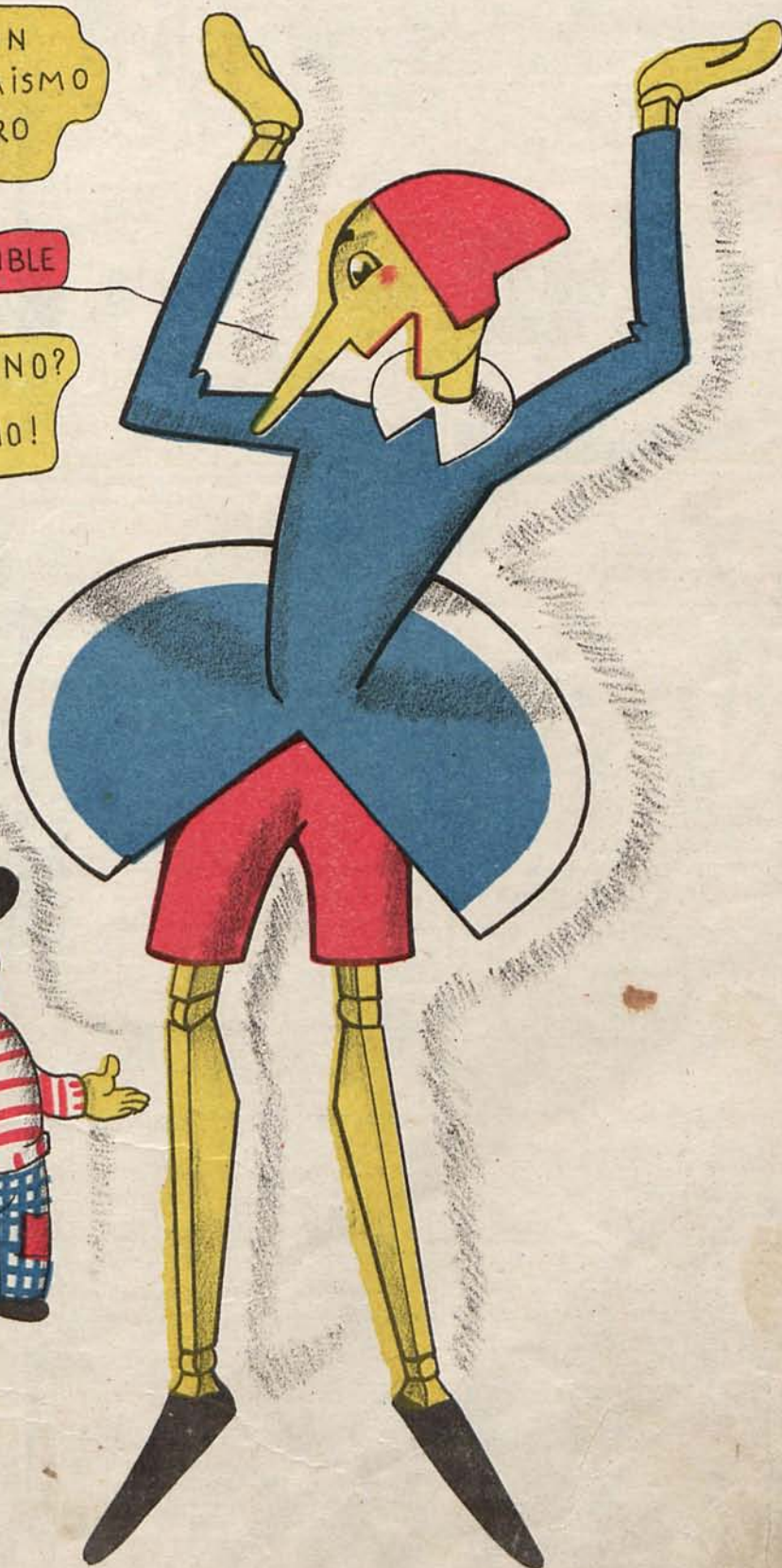
40 Cents.

30 ENERO
1927

YO CONOZCO UN
AVE QUE AL MISMO
TIEMPO ES PERRO

IMPOSIBLE

¿COMO QUE NO?
¡EL AVE-CHUCHO!

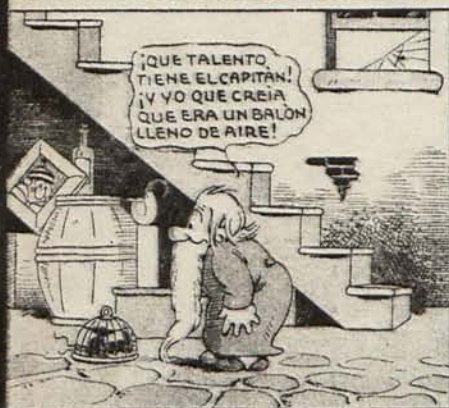


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



**PROGRAMA
PARA HOY**
**EN
TIERRA
DE
VAQUEROS**
Sensacional

GRAN CINE



La emboscada de los indios.

A horcajadas sobre su magnífico caballo negro, *Relámpago*, cabalgaba el vaquero Ken Carter por el fondo de un salvaje y escabroso cañón.

Mostraba su rostro un aire pensativo, mientras que sus sagaces ojos registraban todos los escondrijos de uno y otro lado para escudriñar perfectamente la pista que estaba siguiendo.

Algo indagaba Ken; buscaba alguna huella o rastro que le descubriese qué había sido de su camarada Tex, que faltaba de la Ranchería de la Plata desde el día anterior por la mañana.

Al pasar Ken junto a un grupo de pinos, dió *Relámpago* un fuerte resoplido, levantó su hermosa cabeza y miró hacia los árboles.

—¡Vaya, vaya! viejo compañero —pensó Ken al advertir aquel extraño de su caballo—. Aquí hay algo que tú no entiendes bien. ¡Ea! ¡Vamos a verlo!

Azuzó un poco a *Relámpago*, cuando llegó a sus oídos algo como un oscuro gemido que procedía de la espesura. Detrás de un alto matorral de arbustos vió un camión con cubierta volcado sobre uno de sus costados. Junto al carromato había un caballo que miraba, pudiera decirse, con tristeza a un hombre viejo que, sentado en el suelo, escondía la cara entre las manos.

—¡Hola, abuelo! —exclamó Ken—. Me parece que le ha ocurrido a usted alguna peripecia.

Levantó la vista el anciano y miró a Ken durante un momento.

—¡Si vienes a robarme —gruñó—, te ahorras el trabajo!

—Nada tema usted de mí, pobre viejo —repuso Ken—. ¿Qué le ha sucedido?

—¡Cuanto había podido ahorrar para pasar mi vejez, me lo han saqueado! —gimió el desesperado viejo.

—Tal vez pueda ayudarle a usted, señor Jon —dijo Ken—. Si puede ser, cuente usted de seguro conmigo.

—¡Gracias muchacho! Pero me parece que mis dineros no vuelven ya de donde han ido a parar —repuso Jon, flaqueándole la voz—. Yo tenía una tiendecita en un pueblo de la sierra y la semana pasada se la traspasé a un sujeto con ánimo de trasladarme a Rockeville para vivir allí. Así es que me puse en camino con mi dinero en pagarés y en metálico, saliendo ayer para Rockeville enganchando al camión mi viejo caballo.

—¿Y cómo le asaltaron?

—¡Ay de mí! Llegaba por este sitio, cuando un pelotón de indios rojos, dirigidos por cuatro hombres blancos, me asaltaron, despojándome de mi dinero; en seguida volcaron el camión, y aquí me dejaron —gimoteó el viejo Jon—. Y aquí estoy, sin un cuarto, viejo y teniendo que echarme de nuevo a ganarme un panecillo.

—¿Por dónde tiraron los pieles rojas y los granujas de piel blanca? —preguntó Ken. Le pareció muy posible que supiesen bastante respecto a la desaparición de Tex—. Voy a ver si puedo coger su pista.

—Se metieron por ese bosque; es cuanto puedo decirte —repuso Jon—; pero no te aconsejo que te metas tú solo contra esos canallas rojos, hijo mío, porque serían diez contra uno y te darían seguramente un serio disgusto.

—Ya, ya andaré con cuidado —dijo Ken—. Voy a ponerle a usted el carro como Dios manda, y luego, si sigue usted mis indicaciones, subirá hasta la Ranchería de la Plata, donde encontrará a mi amo, el gordo Bill Banks. Ayer mismo le oí decir que necesitaba un sujeto para tragar por la ranchería y sus alrededores. Cuénteles usted su historia, como me la ha contado a mí, y mucho me sorprendería al volver a La Plata que no le hubiese colocado a usted en ese gran empleo.

—Eres un chico de buen corazón y seguiré tus consejos —dijo Jon reanimándose—. ¡Dios me asista! ¡nunca he visto una fuerza semejante! —murmuró cuando vió a Ken agarr-

se a un costado del camión y ponerle derecho sobre sus dos ruedas.

Pronto enganchó y arregló Ken al viejo *Ned*, y metiendo al señor Jon en el carro, le dió instrucciones bien claras para que encontrase la Ranchería de la Plata. Quedóse un momento mirando su tardo movimiento.

Pronto encontró Ken las huellas de los diez caballos indios desprovistos de herraduras; el rastro atravesaba el bosque y salía al descampado.

De repente, una serie de escalofrantes alaridos rompió la quieta tranquilidad del valle. En seguida se dió cuenta Ken de lo que se trataba, y todos sus sentidos pusieron en alarma expectación. Eran los gritos de guerra de los indios rojos.

Oyóse en seguida el ruido de los cascos de los caballos, y de entre los árboles salió cabalgando una veintena de bravucos pintados estrambóticamente, cuyas cabezas se ceñían con plumas, y cuyas manos blandían amenazadoras sus hachas, llamadas *tomahawks*; pero no se veía entre ellos ningún hombre blanco.

Aquella banda de indios hostiles cargaba contra Ken a gran velocidad y de distintos lados. Plantarse para pelear con ellos hubiese sido una verdadera locura, porque hubieran derribado a Ken, dominándole rápidamente. Contra un grupo tan numeroso no tenía el vaquero probabilidad favorable alguna. Por eso el joven jinete hizo dar la vuelta a *Relámpago* y le encaminó hacia el escarpe del valle. Si podía encontrar resguardo entre las rocas, se sostendría allí peleando de firme.

—¡Ea, *Relámpago*, viejo amigo! —gritó Ken—. Nos va la vida en esta galopada.

El valiente caballo salió en sostenido galope, que pronto dejó muy atrás a los aulladores pieles rojas. Dispararon los indios varios tiros, pero no hirieron a Ken, aunque dos o tres balas zumbaron bien cerca de su cabeza.

Al llegar Ken hacia la mitad de la pendiente, vió que sobre ella se alzaba un acantilado de rocas. De pronto vió alborozado una enorme cueva. Ken hizo avanzar cuanto pudo al caballo y saltó listo al suelo.

En aquel momento lanzó *Relámpago* un relincho de temor al mismo tiempo que se oía un extraño chirrido. Era el cascabeleo de una terrible serpiente de cascabel. *Relámpago*, como todos los caballos, experimentaba gran temor de los reptiles ponzoñosos. Miró Ken cuidadosamente en torno suyo hasta que vió a la serpiente tendida sobre un reborde no muy saliente a un lado de la boca de la cueva. Volvióse *Relámpago* rápidamente con la cabeza baja y sacudió terribles coques con sus cascos perfectamente herrados contra su pequeño, pero terribil enemigo. Oyóse el crujido con que sus poderosas patas aplastaban contra la roca al venenoso reptil. Pero en su espanto hizo más el alocado caballo. Arrancó un gran trozo de roca, tras del cual cayeron otros grandes pedruscos, y en un momento los peñones, sueltos sobre lo alto de la gruta, viniéronse al suelo con gran ímpetu. Abalanzóse Ken al caballo y, cogiéndole por las bridas, le llevó más adentro de la cueva. Apenas tuvo el tiempo preciso, porque se desprendieron en seguida toneladas de grandes rocas con atronador estrépito, bloqueando por completo toda la entrada de la gruta. Dentro de ella quedaron Ken y su caballo en completa oscuridad. El derrumbamiento de las rocas les había salvado de los indios, pero se veían presos dentro del roqueño acantilado.

A través de la montaña.



—¡Usted, camarada —gritó Ken acariciando a su caballo—. ¡Hemos engañado a los indios, es cierto; pero no sé cómo vamos a salir de esta aventura!

Sintió el vaquero en uno de sus bolsillos una lámpara eléctrica, que sacó en seguida. Los vaqueros de la Ranchería de la Plata estaban



vistos de lámparas como aquella, que eran muy útiles para el trajín nocturno de la ranchería. La encendió, y a su resplandor vió que el extremo interior de la cueva salía a un ancho y elevado túnel.

Con la lamparita eléctrica alumbraba Ken el camino que iba recorriendo a lo largo del túnel. El aire del túnel olía mucho a mohosidad y encerramiento, pero al mismo tiempo se notaba en él un curioso olorillo que por lo pronto no se pudo explicar Ken. La galería torciase primero hacia la derecha y después hacia la izquierda; pero siempre descendía con suavidad. Conservaba el túnel sus amplias proporciones, de lo cual estaba Ken muy satisfecho, porque si se hubiese estrechado mucho no hubiese podido seguirle *Relámpago*.

Al cabo de un rato los rayos de su linterna relumbraron en algo que se apoyaba en la pared del túnel; resultó ser un zapapico, y un poco más allá había una pala y una cajita con varios cartuchos de dinamita.

—¡Toma! ¡Eso es lo que olía; dinamita! —reflexionó Ken—. Es gracioso. Alguien debe haberla usado por aquí hace poco. Me llevaré algunos cartuchos.

Metió Ken en los bolsillos unos cuantos cartuchos de dinamita y silbando a *Relámpago* continuó su camino.

Descendía ahora el túnel con mayor pendiente y no era tan

—¡Ken! —con gran excitación.

Concluyó la caída de éste yendo a parar a los mismos pies de los cuatro bandoleros. Antes de que pudiera enderezarse para ponerse en pie, le echaron sus garras los foragidos, y aunque empezó a pegar con gallardía, colocando poderosos puñetazos a sus rivales, concluyó a la larga por ser sujetado.

Se precipita el rescate.



ANTES de que pudiese Ken hacer más que cambiar una mirada con su buen amigo Tex, oyó un fuerte relincho y el golpear de los cascos de un caballo como alocado. Miraron todos hacia el derrumbadero por donde había rodado Ken. Era *Relámpago*, que bajaba con la rapidez de su nombre.

El soberbio caballo negro había visto a su amo atropellado por los cuatro bandoleros y se decidió a bajar en su auxilio como ya lo hiciera en varias ocasiones. En un tris llegó al llano. Con sus ojazos llameantes, su bello retorcido por la rabia, las crines erizadas y lanzando desafidores relinchos y bufidos, era *Relámpago* un verdadero torbellino de furia. Se abalanzó contra los hombres con la boca abierta del todo, en la que relucían sus blancos dientes. Atrapó a uno de los gra-



desahogado; pero el listísimo caballo negro se las componía para ir bajando perfectamente, con no poco alivio para Ken.

No habían andado cien metros más, cuando llegaron a una rápida curva del túnel. No pudo Ken contener un grito de alegría. ¡La luz del sol se distinguía ya en aquel sitio!

Avanzó Ken un poco más y en seguida estuvo junto a la boca de salida del túnel. Pero apenas había Ken respirado a sus anchas el aire fresco que entraba, cuando oyó el sonido de voces humanas ásperas y coléricas. Y lo que aún le asombró más fué oír la voz llena de coraje de su camarada Tex Trigs, que gritaba:

—¡Lo que sois vosotros es una pandilla de coyotes! ¡Entre todos no valéis ni un real!

A unos cincuenta pies por bajo de donde estaba Ken, sobre el llano del valle, había un grupo de cuatro hombres, en medio de los cuales estaba su compañero Tex con los brazos atados en sus costados. Junto a ellos se veía un caballo ensillado que no era el de Tex.

—Oye, tú, espía —refunfuñó uno de los hombres—. ¿Sigues a guien tu rastro?

—Búscalo tú, pringoso —contestó secamente Tex.

—Me parece que te conozco —prorrumpió otro de los hombres—. Eres uno de los arreadores de vacas de la Ranchería de la Plata, y me parece que podrías llevarnos junto a algún hato de vacas de los buenos que tiene Bill Banks para que pudiéramos arrear con él.

—No me sacaréis ni la menor indicación —contestó Tex, indignado.

Uno de los rufianes le cruzó la cara con una gran bofetada, con lo cual sintió Ken hervir su sangre. Tenía que ir en socorro de su carada ocurriese lo que ocurriese.

Metióse por entre la maleza y empezó a deslizarse cautelosamente por la rápida pendiente. Pero como las rocas estaban sueltas, se escurrió y, sin poderlo evitar, empezó a rodar por el derrumbadero. Gritos de súbita alarma partieron de los drones de ganado, mientras que Tex exclamó:

nujas por la chaqueta y lo zarandéo en el aire, haciéndole ir a varios metros de distancia. Acometió en seguida a otro de ellos, que no se salvó sino revolcándose por el suelo. Despejó *Relámpago* en redondo, se plantó y empezó a cocear furiosamente. Ante sus ágiles cascos, los bandoleros huyeron con gritos de terror.

—¡Ahora es la nuestra! —gritó Ken.

Tex tenía los brazos atados; pero sus piernas estaban libres. Cogió Ken al otro caballo por la cabezada y encaramó a Tex en la silla. Con un silbido hizo correr a su lado a *Relámpago*; en un momcato ya estaba Ken montado, haciendo salir a escape a los dos caballos. Los cuatro pillastres se quedaban pateando y lívidos de miedo.

Cabalgaba Tex con sus brazos atados como si estuviese libre del todo; pero Ken, al galopar juntos, desenvainó su cuchillo y diestramente se inclinó sobre su compañero para cortar las ligaduras que le ataban.

—¡Eso es acertar, Ken! —gritó Tex en cuanto pudo coger las riendas—. Lo que me choca es ver cómo te has arreglado para llegar tan a tiempo. Y no puedo contener la risa cuando me acuerdo de cómo arregló *Relámpago* a esos bárbaros. Ja, ja, ja. —Tex prorrumpió en fuertes risotadas.

—¡Ah!, ¡es que el viejo *Relámpago* vale su peso en oro! —repuso Ken—. ¿Pero cómo vamos a salir de esta hondonada?

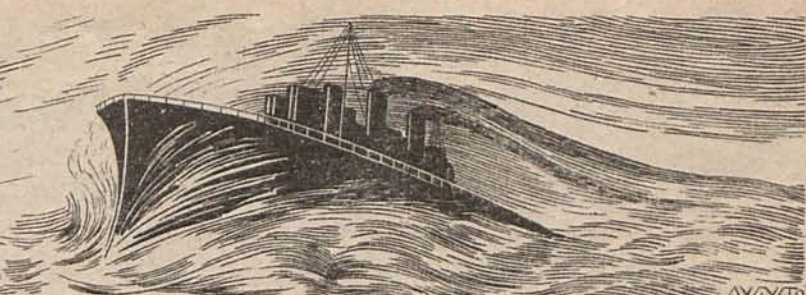
—Para entrar sólo hay un camino: por el túnel que ellos abrieron, y... —empezó a decir Tex.

—Ya puedes prescindir de ese —contestó Ken riéndose—. Aquí tienes a *Relámpago*, que le ha cerrado muy bien. Pero yo te pregunto por el otro. ¿Dónde está el otro camino?

(Concluirá en el número próximo.)

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA



(Continuación.)

hasta entonces le había ocultado el rostro, había desaparecido, dejando ver su cara, sumamente pálida, hermosa, sin embargo, y animada por dos ojos por los cuales cruzaba de vez en cuando un brillo frío y casi siniestro.

El capitán Jaime Davy le veía avanzar, presa de un estupeor que tenía algo de terror y de ansiedad.

Vestía un elegantísimo y severo traje negro cortado a manera de uniforme de oficial de marina de guerra, y señalado con distintivos de comandante.

—Mop —dijo rompiendo el silencio que había seguido a la primera impresión—, quisiera quedar solo con este caballero. Tened la bondad de retiraros y llevaros a ese joven.

El ex ladrón se inclinó; acercándose a Patrick tomóle el brazo y díjole:

—Vámonos; debéis tener sueño, y no hay cosa mejor que una cama para reparar el gasto hecho.

El marinero irlandés, atolondrado por las enigmáticas cosas oídas y vistas, ni tuvo valor, ni aun siquiera pensó en oponer la menor resistencia, y siguió dócilmente a su guía.

Apenas quedaron solos, el del negro uniforme cruzó los brazos sobre el pecho, y levantando con ademán resuelto su vista, exclamó:

—A ver ahora, Jaime Davy, ¿me reconocéis?

—Alberto..., vos aquí y con este traje —respondió balbuciendo el capitán—. ¿No soy víctima de un extraño sueño?

—Puede ser —añadió con ironía el otro—, solo que hay una pequeña diferencia.

—Señor...

—¿No comprendéis?

—Os lo confieso.

—Me explicaré. ¿Vos creéis ser presa de un sueño extraño?...

—En efecto...

—Pues bien, os engaños: sois, en cambio, víctima de un mal sueño, del cual despertaréis para caer en una realidad peor.

El capitán Davy sintió bañarse la frente en un sudor frío; temió perder la razón, y bajo la mirada aguda, penetrante, de su adversario se veía obligado a doblegarse como por una violencia física.

—En resumen —prorrumpió, al fin, con una profunda desesperación en la voz—, todo se conjura contra mí; se quiere que yo me vuelva loco, se busca mi muerte, además de mi completa ruina. ¿Por qué esta horrible, incesante persecución del desino y de los hombres contra un inocente? ¿Qué han hecho mi mujer y mi hija? ¿Qué he hecho yo mismo?... ¡Ah, mi culpa debe ser muy grande para que la ira de Dios se haya desencadenado tan terriblemente sobre mi cabeza.

Alberto Wendover —demos ya al hombre misterioso su verdadero nombre— dejó pasar aquel desahogo de furioso dolor sin dar muestra de la más pequeña emoción, diciendo después con fría calma:

—Jaime Davy, tened la bondad de sentaros y escucharme durante algunos minutos sin alteraros y sin entregaros a vanas declamaciones. Yo os contaré una historia inverosímil, pero cierta, la cual os iluminará. ¿Conformes? Pues bien, escuchad: érase un joven honrado, inteligente, laborioso y capaz de conquistarse, por los más lícitos medios, su migaja de felicidad. Esta felicidad estaba a punto de alcanzarla uniéndose para siempre su corazón al corazón de una doncella que le amaba, cuando un tremendo golpe, descargado por la mano criminal de un enemigo, destruyóle para siempre la existencia, lanzándole en un abismo de infamia. Es inútil que yo diga cuál fué aquel golpe fatal; lo adivinaréis sabiendo que aquel honrado joven se llamaba Alberto Wendover. Lo que vos ignoráis, sin embargo, es que en la prisión de Liverpool se encontró, por casualidad, junto a un verdadero ladrón, cuyo nombre era Mop, el cual le refirió ciertas particularidades bien interesantes relacionadas con su vida. He aquí una como ejemplo: La noche del 28 al 29 de julio este Mop estaba desvalijando una habitación contigua a la de Alberto Wendover, cuando un rayo de luz que salía de una ventana llamó su atención. El ladrón púsose a observar y vió una cosa muy edificante: un

hombre alto, vigoroso, distinguido, con pelo y barba negros, que estaba escondiendo billetes de banco en unos cuadros. Esta relación, como podéis comprender, Jaime Davy, fué una revelación para Alberto Wendover. Supo, al fin, quién había descargado el golpe que le había derribado, adivinó por ello los motivos y juró vengarse. Un día, o mejor dicho, una noche, amigos poderosos y leales, los cuales conocían su inocencia, pusieronle en libertad y le facilitaron la travesía al otro lado del Atlántico, donde había de desempeñar una misión secreta. Esta misión consistía en reunir un buen número de marineros capaces, si las circunstancias lo exigían, de transformarse en piratas. No pareció mal la idea a Alberto Wendover. ¿El un pirata? ¿Por qué no?... ¿No era ya un ladrón para la sociedad? Estaba provisto de paciencia, ingenio y dinero; tenía, además, un potente incentivo en su deseo de venganza y puso manos a la obra con ardor y habilidad. Reunió junto a sí un puñado de hombres, a los que nadie hubiera sido capaz de resistir, prontos a trastornar y someter el mundo si era preciso, todos en guerra con la sociedad, que había sido injusta con ellos, y un buen día, tres años después de su fuga de Inglaterra, volvió a su patria con el disfraz de oficial de marina argentino, y en Plymouth se apoderó de un barco de guerra destinado a la gran República de la América meridional.

El capitán Davy, que escuchaba silencioso, inmóvil y como petrificado, al oír esto último se sobresaltó.

—¡Vos!... —exclamó—. ¿Vos sois el que se apoderaó del crucero *General Belgrano*?

—Yo.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!...

—¿Esto os maravilla? Pues bien, escuchad la continuación de mi historia. Dueño de una nave potente y en condiciones de poder competir con cualquier otro barco de guerra, rodeado de hombres fieles y valientes, Alberto Wendover miró con aire de desafío al mundo y al porvenir. La infamia de los hombres y la pretenciosa justicia de la sociedad habían hecho de él un ladrón, un paria, un ser nocivo que debía estar oculto en una prisión, como una fiera; entonces él se rebeló contra todas las leyes, lanzó un sangriento desafío a la sociedad que no había sabido conocerle, y se convirtió en un pirata. La nave de que tan audazmente se había apoderado tenía un nombre; Alberto Wendover, despreciando tal costumbre creada por la sociedad, se lo quitó, convirtiéndose entonces en *El crucero sin nombre*. Sus hombres tenían una fisonomía propia. ¿Para qué les servía? Para facilitar el castigo que esta infalible sociedad se cree con derecho de aplicar a quien vive fuera de la ley. Era, pues, preciso abolirla, y él la abolía dando a cada uno, con una sutil máscara negra, una faz uniforme y un simple número para distinguirse. El mismo Alberto Wendover perdió su nombre, sus rasgos característicos, su alma, y no fué más que *el comandante*, un ser impasible al fuego y a los estragos, preocupado tan sólo por dos pensamientos: el primero, cumplir con un deber que le había sido impuesto por los hombres a quienes debía su libertad; una misión grandiosa en pro de una tierra oprimida por un yugo. El otro, el pensamiento de su venganza. La primera tarea espera ocasión favorable para llevarse a cabo, la segunda... ¡Ah, señor Jaime Davy! ¿Nunca habéis pensado a qué grado de crueldad puede llegar un hombre lanzado a la desesperación por la maldad de otro, impelido por una irresistible sed de venganza?... Pero, Dios mío, si no me engaño, estoy divagando, habiendos prometido una relación ordenada. Perdonad y escuchadme aún durante algunos instantes, os lo ruego.

El joven se detuvo un momento y lanzó una mirada de odio y de desprecio al capitán Davy, que no se atrevía a proferir palabra, tomó una botella de agua, bebió algunos sorbos para calmar el ardor que le abrasaba la garganta y el pecho, y después continuó:

—Decidido desde entonces a aceptar su nueva condición, Alberto Wendover se dispuso por todos los medios a convertirla en formidable.

(Continuará en el número próximo.)



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Dóciles a la voz de sus compañeritos, los pájaros levantaban el vuelo o lo abatían a voluntad. Esta docilidad iba aumentando a medida que sus fuerzas eran mayores, y ya no hubo más que hacer sino enseñar a los niños lo que habían de decir y ejecutar cuando estuviesen en Egipto; y como los dos eran vivos y listos, esto fué la parte de la estratagema que menos obstáculos encontró.

Asfagni iba de vez en cuando a disfrutar del éxito de su empresa, y acostumbraba a los niños y a los *rojs* a obedecer sus órdenes. Ella tranquilizaba a Sinharib, cada vez que venía a verla, en sus temores y en sus inquietudes, ocultándole, sin embargo, los medios que debían calmarlos.

El príncipe, despierto del sueño que lo aletargaba desde que se había sentado en el trono, pensaba reanimar los débiles resortes de su monarquía. Encontraba grandes recursos en Nadán, que, vigilante, desplegaba el tesoro de los conocimientos con que Haicar lo había enriquecido. Este ministro veía aproximarse el término fatal de los tres meses sin que se hubiera emprendido ningún preparativo de guerra, sin que nadie hubiese sido nombrado para ponerse al frente de la embajada. El se ilusionaba con poder ver llegado el momento en que triunfasen sus proyectos ambiciosos. Las fronteras, desguarnecidas, estaban expuestas a las incursiones del enemigo; el reino se despoblaba cada día más, pues los asirios se trasladaban voluntariamente a Egipto para sustraerse a la esclavitud que les amenazaba.

Al terminar la octava luna, pasada después de enviar la carta de Sinharib a Faraón, Haicar, bajo el nombre de Abicam, pidió permiso para ponerse en camino; árabes del desierto más lejano debían de componer su escolta. Nadán supo entonces que un sabio caldeo, protegido por Asfagni, se comprometía a satisfacer todas las preguntas del soberano egipcio. La sorpresa del visir fué todavía mayor cuando supo que la misma Asfagni quería acompañar al mago, de cuya capacidad ella había salido responsable. No concebía Nadán esta aventura extraordinaria; mas si ella no tenía éxito, el visir le dejó entrever los peligros a que se exponía.

Todo estaba ya listo para la famosa embajada, cuyo séquito se reunió cerca de la casa solitaria de Haicar. Sinharib logró ocultarse a la multitud importuna y vino a cambiar impresiones con su embajador.

—Estate tranquilo, señor —le dijo el prudente Haicar—. Yo te prometo la seguridad de tus estados y la vuelta de los pueblos que se han alejado de tus fronteras, los tributos de cuatro años y el reembolso de los gastos extraordinarios. Yo te dejo con Nadán. Empléalo; es hábil y te será necesario; pero no lo pierdas de vista. A mi regreso te diré por qué lo creo peligroso. Desde que tú estás ocupado, no os divertís ya tanto ni os juntáis como antes; puedes ocultarle mejor tus sospechas.

El enviado de Sinharib partió de Ninive. Cuatro elefantes acompañan todo su tren. El y su esposa iban en una torre con dos esclavos; los dos *rojs* y sus infantiles guías ocupaban otras dos; en el cuarto elefante montaron cuatro mujeres de la servidumbre. Y cien esclavos a caballo, armados con sable y lanza, escoltaban al pequeño grupo.

Una malla de seda cubría las torres en que estaban encerrados los pájaros, pues había que ocultarlos a la vista de los curiosos para que nadie pudiera saber a qué se destinaban. Los esclavos rodeaban noche y día las jaulas misteriosas para alejar de ellas a los indiscretos e impedir que nadie hablase con los conductores, que estaban convencidos, por otra parte, de que los elefantes conducían presentes extraordinarios para Faraón.

La caravana llegó al Cairo sin haber tenido ninguna dificultad. Haicar acampó en un lugar cómodo a las orillas de la ciudad, e hizo pedir audiencia al rey Faraón en calidad de enviado del rey Sinharib.

El monarca egipcio, tranquilizado por los consejos de los sacerdotes de Osiris, que tenían su templo en medio del lago Merú, sabía perfectamente que había propuesto cuestiones imposibles de resolver humanamente. El estaba en guardia contra las ilusiones de la magia y abrigaba la seguridad de desconcertar por el embarazo de aquellas proposiciones las luces, cualesquiera que fueren, del pretendido sabio que le enviaban. Hizo advertir al embajador que estaba dispuesto a recibirlo, y para impresionarlo todavía más, se rodeó de todo el fausto de su corte.

Haicar, vestido de una manera extraordinaria, desconocida en la corte misma de Sinharib, se presentó ante el monarca. La seguridad de su paso, la majestad de su continente se impusieron desde luego a toda la asamblea. Llegó a los pies del trono y se prosternó, y después de haber rendido su homenaje, habló en los siguientes términos:

—Señor! Tú has desafiado al rey, mi dueño, y él acepta con alegría un combate que no compromete la tranquilidad ni la vida de vuestras dos naciones. Tú no quieres disputar más que de asuntos de ciencia y de sabiduría y yo vengo de su parte, admirando tu grandeza, a darte a conocer sus conocimientos y a conciliar tu estimación eterna para con él. Si el favor del cielo me hace salir vencedor de la empresa, permíteme, oh sublime monarca, que te recuerde tus condiciones. Nosotros tenemos la palabra sagrada de que nos pagarás cuatro años de tributos sobre todas las producciones egipcias. Por el contrario, si yo me declarase incompetente para resolver los puntos convenidos, mi cabeza responderá de mi audacia, y el rey de Asiria, que no pone límites al respeto que se debe a la ciencia, sometiéndote su corona, se compromete a entregar cada año en tus tesoros el rescate que te plazca imponerle.

El aire noble y modesto del embajador de Asiria, el orden, la precisión y la fuerza de su discurso, asombraron profundamente a Faraón, que se reprochaba interiormente su temeridad.

—Un soberano caído en la molición —pensaba—, entregado por completo a sus pasiones, que dejara gemir a sus pueblos bajo el yugo de la tiranía, ¿podría estar rodeado de hombres semejantes a aquél que acababa de explicarse con tal entereza y con tan exquisita discreción? ¿Hombres como éste servirían a un príncipe cuyos instantes estuviesen marcados por faltas y debilidades? ¿Qué hubiera podido decir mejor el anciano Haicar, si todavía viviese, en las circunstancias en que se hallaba el embajador del rey de Asiria?

Estas reflexiones impidieron a Faraón responder al momento al discurso del embajador; al fin rompió el silencio.

—Enviado de Sinharib, ¿cuál es tu nombre? —le preguntó.

—Yo me llamo Abicam, el último de los esclavos de mi señor; yo no soy más que un gusanillo que se ha arrastrado, desconocido hasta hoy, alrededor de su trono. En la corte de mi soberano los cargos y los honores son confiados a manos más hábiles que las mías.

—Ciertamente —respondió Faraón, cuya sorpresa iba en aumento—; si yo tengo delante al más insignificante de los servidores del rey de Asiria, su reino debe de estar poblado de divinidades. Mas, puesto que tú eres tan inferior, ¿por qué has sido escogido con preferencia a tantos grandes hombres, siendo así que el rey Sinharib dice tenerme en tanta estima?

—Señor! —replicó el embajador—. La abeja, comparada con las aves y los insectos, es uno de los animales alados más pequeños; sin embargo, ¡qué obra más maravillosa compone! La miel es admitida, sin distinción, a la mesa de los soberanos más potentes; ante Sinharib, los pequeños valen tanto como los grandes; él los juzga por la cumbre de las grandezas en que sus destinos los han colocado.

Esta respuesta encantó al rey de Egipto; aunque deslumbrado por su propia magnificencia, estaba entusiasmado del mérito y de los conocimientos, que parecían elevarse por encima de los límites ordinarios. Despidió a Haicar, ofreciéndole para su morada el palacio más hermoso del Cairo; pero el esposo de Asfagni prefirió volver a su campamento, a donde Faraón hizo transportar todo cuanto podía necesitar.

Apenas el embajador de Asiria se hubo retirado a su tienda, un ministro del rey vino a advertirle que fuera a Palacio al cabo de tres días y que se preparase a contestar a las cuestiones que le debían ser propuestas. El visir, consumado en el arte diplomático, recibió al ministro egipcio de una manera tal, que éste no se había formado idea y lo despidió convencido de que aquél con quien acababa de conversar era un ser sobrenatural.

(Continuará en el número próximo.)

Lluvia de fuego

POR EMILIO SALGARI



En vez en cuando acaecen extraordinarios fenómenos celestes, que esparcen un terror inmenso entre la gente, y especialmente entre la menos civilizada e instruida.

Nadie se preocupa actualmente por los eclipses porque todo el mundo sabe su procedencia, excepción hecha de los chinos, que creen de buena fe que se trata de un dragón inmenso, volando por los espacios infinitos del cielo, echado de las estrellas, del Sol y de la Luna, y de ciertos pueblos salvajes, que ven en aquél fenómeno una señal de la ira celeste. Nadie se preocupa tampoco por la aparición de las auroras boreales, porque no hay quien sea lo bastante ignorante para creer que traen consigo guerras sangrientas.

No obstante, ciertos fenómenos asustan a la gente, hasta la más culta, porque constituyen un peligro verdadero.

Entre ellos figuran, en primera línea, los bólidos: enormes masas incandescentes, que, de vez en cuando, caen sobre la superficie terrestre. Pesan varios quintales, y, a veces, algunas toneladas. Es natural que esas bombas, de un nuevo género, al precipitarse, amedrenten a todo el mundo, cuando se piensa que caen de alturas espantosas.

¡Pobre de aquellos a quienes cae encima! Aplasta hombres, casas y hasta los barcos que se encuentran, desgraciadamente, en dirección de su trayectoria.

Al descender del cielo, dejan tras de sí una inmensa huella de fuego y una gran nube de humo, que durante cierto tiempo aparece iluminada de una luz rojiza o azulada, poco distinta de la producida por las lámparas eléctricas.

Aquellos globos, que no son más que fragmentos de los planetas, disgregados por causas todavía no bien conocidas, se ven a diversas alturas de la atmósfera, moviéndose con diversas velocidades.

A veces, tienen un diámetro aparentemente pequeño, y, a veces, por el contrario, grande, como el diámetro de la luna llena, y hasta mayor aún.

Su dirección, por lo general, es oblicua con respecto al horizonte; a menudo se mueven a saltos y cabriolas, y por ello los bólidos fueron llamados antiguamente *cabras saltadoras*.

Después de haber recorrido un espacio más o menos largo y haber brillado durante algún tiempo, el globo ígneo desaparece, a veces, en forma de rombo prolongado, o dando un estallido, que se puede comparar a la explosión de un polvorín.

Por lo general, le sigue una lluvia, lluvia de piedras, llamadas aerolitos o meteorolitos, que dejan bruscamente de emitir luz en seguida de la explosión del bólido, y que raras veces se hunden en el suelo.

Dichas piedras, más o menos numerosas y más o menos gruesas, llegan a tierra todavía bastante calientes, esparciendo olor a azufre o a pólvora.

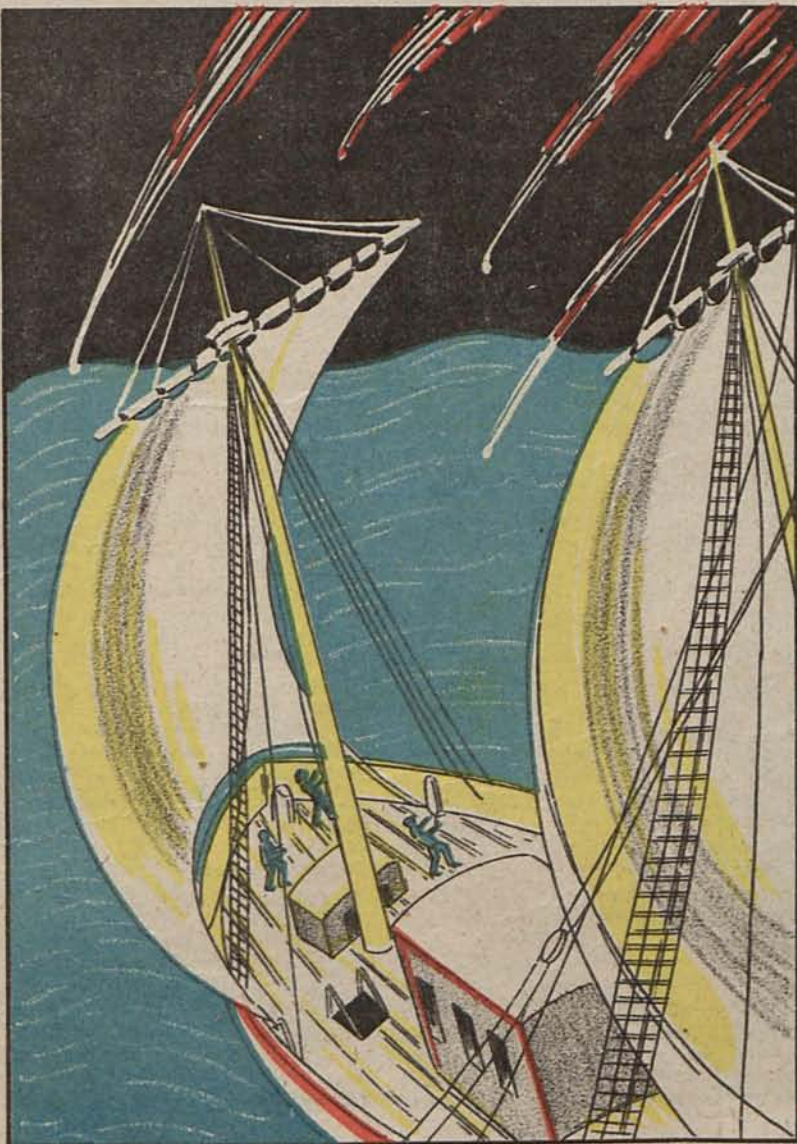
Por lo general, son de forma redondeada, están cubiertas de una costra negra, casi siempre vitrificada, y su interior es grisáceo, estando compuestas de substancias ordinariamente metálicas o terrosas, con pequeñas vetas.

Tenemos conocimientos desde la más remota antigüedad, de

caídas de bólidos y fragmentos de los mismos, y en nuestros tiempos han caído algunos que produjeron desastres considerables. En 1833, por ejemplo, en Candahar (Afganistán) cayó una lluvia de aerolitos producidos por la explosión de un enorme bólido, que hundió los techos de las casas, hiriendo y hasta matando a gran número de personas; y lo más extraño es que aquel terrible fenómeno celeste fué seguido de una niebla tan intensa que el sol, ardentísimo en aquellas regiones, necesitó tres días largos para disiparla.

Pero el caso más singular fué el acaecido a un barco que navegaba por el mar del Norte, siendo el desastre de tal magnitud que por poco pierden la vida todas las personas que lo tripulaban.

Os lo voy a contar tal como me lo contó un viejo marinero escocés, casi ochentón, que presencié aquel terrible fenómeno y que iba de grumete en el barco.



La nave se llamaba la *Escocia*. Había zarpado de Bergen a fines de enero con cargamento de tablones de pino de Noruega, y debía rendir viaje en Irlanda.

Como todos los barcos construidos en Inglaterra, cuyos góndolas no tienen rival en el mundo, era un excelente velero, con un soberbio aparejo, que con viento largo se tragaba sus once y hasta doce nudos, y lo tripulaban diez y ocho hombres, casi todos escoceses, lo cual equivale a decir valerosos marineros.

Navegaba desde hacía tres días, y encontrábase ya en medio del mar del Norte, cuando durante la noche del 28 de enero la gente de guardia observó en el cielo como una ráfaga de fuego que bajaba con fulminante rapidez, haciéndose a cada momento más ancha y más larga.

Amedrentados ante aquel fenómeno, para ellos absolutamente



inexplicable, lanzaronse todos hacia popa, gritando con voz aterrada:

—¡Capitán! ¡Capitán!

No había subido aún a cubierta el capitán, cuando un inmenso fulgor de luz azulada iluminó el mar, rasgando bruscamente las tinieblas, seguido de repente por un trueno espantoso.

Parecía que acababa de explotar un polvorín o un proyectil monstruoso.

Inmediatamente vieron los marineros, presos de inmenso espanto, caer en el mar millones de fragmentos llameantes, que se hundían con chirridos estridentes, haciendo borbotear y hervir el agua.

El espectáculo era tan espantoso que hasta el capitán y los oficiales estaban profundamente impresionados.

Los marineros, que parecían enloquecidos por el terror, habían caído de rodillas, gritando desesperadamente:

—¡Estamos perdidos!

—¡Es el fin del mundo!

—¡San Patricio, sálvanos!

De repente, una de aquellas piedras de fuego cayó en la proa del barco, en donde por milagro no había en aquel momento ni un solo marinero.

Oyóse un ruido terrible. El castillo de proa fué arrancado de golpe, llevándose parte del tajamar, mientras el palo de bauprés, con todas sus velas, caía al agua.

Casi de repente cesó la lluvia de fuego. Los fragmentos del enorme bólide —porque se trataba, verdaderamente, de una de aquellas masas desprendidas de alguna estrella en descomposición— habían caído, y ya no había peligro; pero el barco había recibido un golpe mortal, quizá irreparable.

El capitán y los oficiales, pasado el primer momento de estupor, corrieron a proa para ver si era posible arreglarla.

—¡Estamos perdidos! —exclamó en seguida el capitán—. Nadie es capaz de taponar la abertura, y dentro de poco la bodega estará llena de agua.

Y, en efecto, el destrozo producido por uno de los fragmentos del bólide era tan enorme que la tripulación tenía que perder toda esperanza de poder reparar la proa. La piedra debía ser muy pesada, y había destrozado todo cuanto tocó.

—¿Qué hacer? —preguntaron los oficiales, aterrados.

—Ordenad que echen al agua las dos embarcaciones, proveyéndolas de víveres. Trataremos de llegar a remo a las costas de Escocia —contestó el capitán, que pronto había recobrado toda su sangre fría.

Los marineros, que no deseaban más que abandonar el barco, al que consideraban como irremisiblemente perdido, no vacilaron en obedecer.

El capitán había bajado, entre tanto, a su camarote para recoger las cartas de navegación y la caja: Estaba a punto de subir a cubierta cuando oyó a su gente gritar:

—¡Se van a pique!

—¡Maldición!

—¡Está hecho de nosotros!

Creyendo que el barco estuviese a punto de sumergirse, se precipitó sobre cubierta, gritando:

—¡Pronto! Saltad a los botes antes que el remolino nos trague.

—No es el barco el que se hunde, capitán —dijo uno de los oficiales, corriendo a su encuentro—, son los botes.

¿Qué había pasado? Una cosa bien sencilla en apariencia, pero de una extrema gravedad para la tripulación.

Las dos embarcaciones llevaban mucho tiempo sin echarlas al

mar, y la madera se había contraído poco a poco, dejando tales rendijas que al tocar el agua se habían ido a pique, rompiendo las cuerdas.

—¡Está hecho de nosotros! —exclamó el capitán, desalentado—. Dentro de poco nos hundiremos en el abismo al propio tiempo que el barco, porque nos faltará tiempo para construir una balsa.

Entre tanto, sin embargo, había sucedido una cosa que, de pronto, pareció extraña a todos. El *Escocia* no había cesado de sumergirse, entrando el agua a torrentes en la bodega; cuando el mar llegó a la altura de la cubierta, inundándola en parte, se notó, con inmenso asombro, que la inmersión no progresaba.

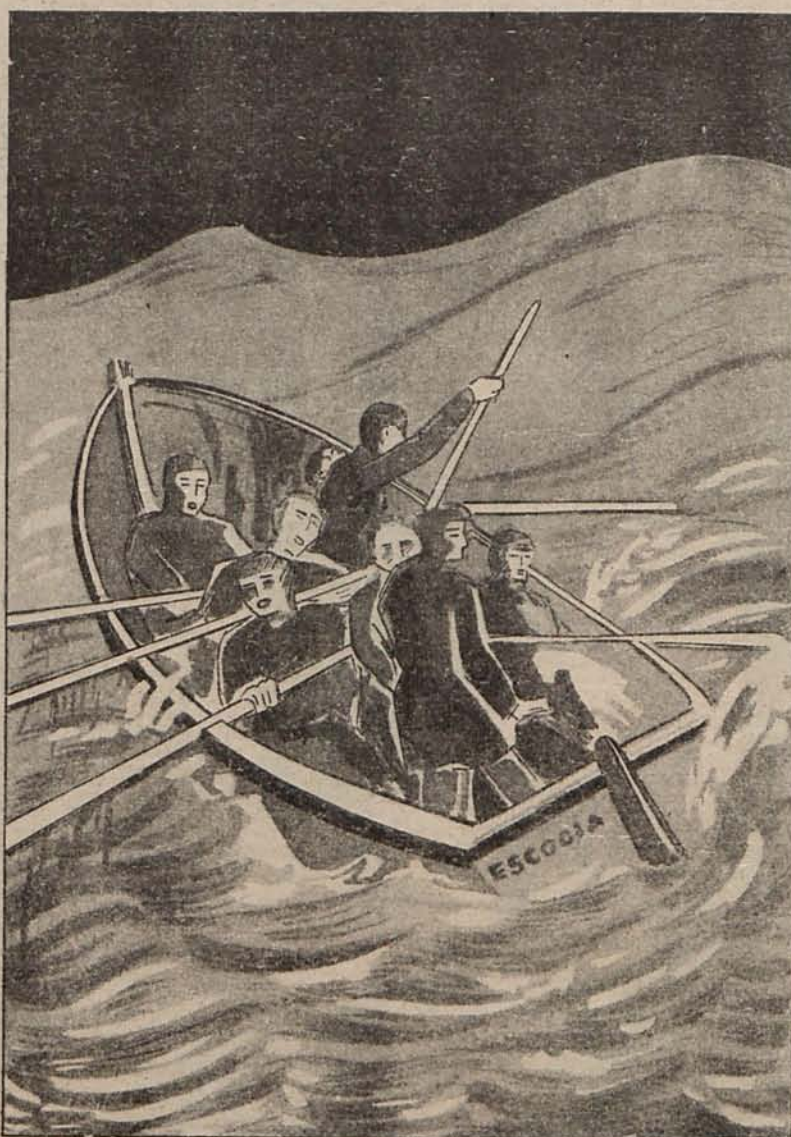
La explicación de aquel fenómeno no fué difícil de encontrar. Como la bodega estaba llena de tablones de pino, aquella masa de madera mantenía a flote la nave.

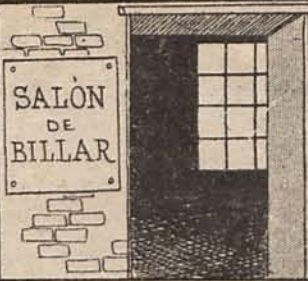
La explicación dada por el capitán fué acogida, como es fácil de comprender, con gran alegría por los marineros. Si no sobreviniera un huracán que esparciese la carga, los naufragos tenían no pocas probabilidades de salvarse, tanto más cuanto que el mar del Norte es frecuentado de barcos ingleses, dinamarqueses, holandeses y noruegos.

Después de estar bien seguros de que al *Escocia* no le amenazaba peligro alguno, estando el mar bastante tranquilo, aunque soplar un poniente muy frío, los marineros reanudaron sus acostumbradas ocupaciones en espera del encuentro de algún velero.

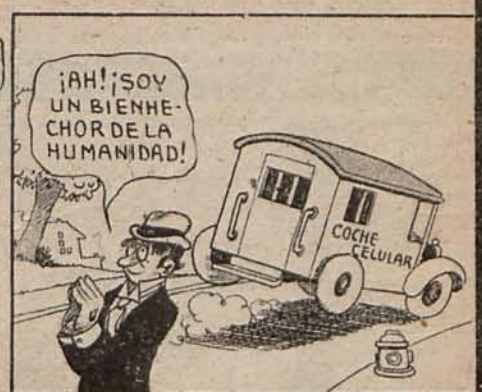
Pero parecía que la desgracia se obstinaba en perseguirles. Pasaban los días y no se veía ni una sola vela en el horizonte; para colmo de desdichas, la corriente y el viento arrastraban al *Escocia* cada vez más al norte con una velocidad que preocupaba bastante al capitán.

(Concluirá en el número próximo.)





POTIPÁN Y CAÑAMÓN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



-HOY HARE MUY POCO EJERCICIO PORQUE ME VOY EN SEGUIDA AL BANQUETE EN HONOR DE MI AMIGO PEREZ QUE LO HAN HECHO DIRECTOR DEL ALCANTARILLADO.



-MUY BONITO ¡CONQUE SE VA V. Y YO QUE ME PUDRA EN CASA?

-NO ESTAS PRESENTABLE, CURRINCHE, PARA ESTAS SOLEMNIDADES



-ME ESCAMA QUE SE VAYA V. SIN MI. A VER SI TOMA ALGUNA COPITA DE MAS. ME APUESTO UN DURO A QUE SI.

-¡MAJADERO! ¿ME HAS VISTO TU ALGUNA VEZ BORRACHO?



-POR SERV. V. MI QUERIDO AMIGO PEREZ LE ACEPTO ESTA COPA Y BRINDO POR SU SALUD.



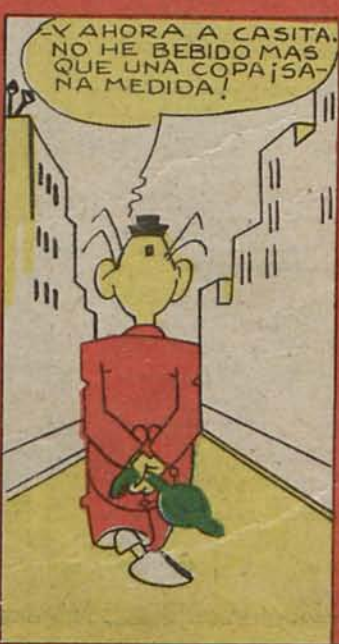
-ESTOY ABURRIDO COMO UNA OSTRA ---Y DON TURULATO SE ESTARA DIVIRTIENDO DE LO LINDO.



-LA OCIOSIDAD ES LA MADRE DE LOS VICIOS ¡HAY QUE HACER ALGO!



-YO SIEMPRE HE DESCOLLADO EN LA PINTURA ¡LO QUE ME VOYA A REIR!



-¡AHORA A CASITA. NO HE BEBIDO MAS QUE UNA COPA ¡SANA MEDIDA!



-DON TURULATO: V. HA BEBIDO DEMASIADO. SE LO HE NOTADO EN SEGUIDA.

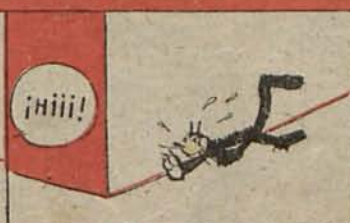
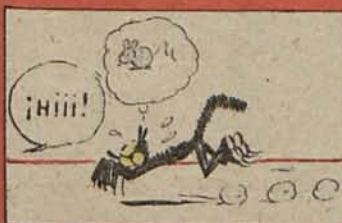
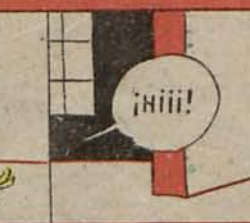
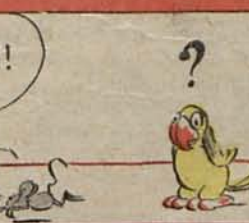
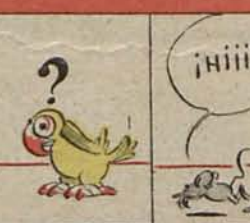
-PERO ¿ERES UN CURRINCHE O SOIS TRES? ¡QUE MALO ESTOY! ANDA, CURRINCHE, LLEVAME A LA CAMA PORQUE VEO TRIPLE



DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





COLORÍN Y SU PANDILLA



CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE ENERO DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?

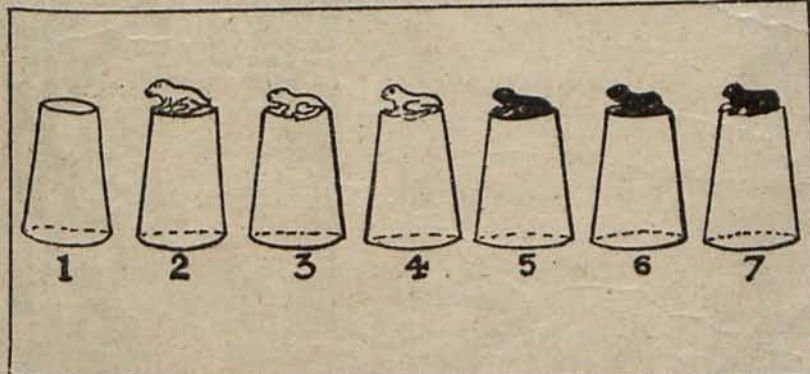


Doña Petra ha entrado en esta tienda de ultramarinos que aquí veis dibujada y se ha indignado al ver tanto absurdo. Como es muy observadora, ha contado hasta doce faltas, a cual más gordas; pero la que más le ha indignado ha sido la del peso, que es la que os damos como ejemplo. Fijáos en que no tiene nada el platillo y la aguja está marcando un kilo y medio. Por esto es por lo que está riendo con el dueño. ¿Cuáles son los otros once?

LAS ARDILLAS



ROMPECABEZAS



Como veis, hay siete vasos boca abajo y sobre ellos seis ranas, una en cada uno, menos el primero, que está vacío. Se trata de que las ranas que están en el 5, 6 y 7 pasen al 1, 2 y 3, y las que están en 2 y 3, pasen a ocupar el 5 y 6. Las ranas sólo podrán saltar a un lugar vacío. Los saltos sólo pueden ser por encima de una rana o de dos nunca de tres hacia adelante o hacia atrás. El número de movimientos será diez.

Las ardillas están jugando al escondite. La que se queda ha encontrado ya a dos. ¿Dónde se hallan las dos que faltan?

COPÓN

DE SOLUCIONES
DEL MES DE ENERO

102

Envío del suscriptor (1) D.

(1) Sólo los suscritores pueden tomar parte en el Concurso de Pasatiempos.



Sección PIRULA

PIRULA, BORDADORA

La taza de chocolate.—Hay en el día muchos buenos mo-

mentos para mi amigueta Lolín; por ejemplo, el de enseñarle a papá las buenas notas que le han dado en clase; el de ir a paseo a reunirse con otras damiselas de su edad, todas ellas «pirulinas» también, naturalmente; el de sentarse después del almuerzo en su pequeña mecedora, abrir el último número de PINOCHO y entregarse a la lectura de las recientes aventuras del gato Morronguis, o de Colorín y su pandilla.

Pues bien, entre tantos momentos agradables de que está tejida la existencia cotidiana de Lolín, uno de los más apreciables es el momento del desayuno.

Lolín suele levantarse con buen apetito; pero como es una niña limpia y bien educada, antes de nada se asea concienzudamente; de suerte que cuando aparece el desayuno se halla completamente hambrienta, y como además es bastante golosilla, no necesito decirlos

con qué júbilo acoge la bandeja en la cual humea la taza llena de chocolate y se derrite suavemente la mantequilla sobre las tostadas.

¡Su taza del desayuno! ¡Cuánto la quiere Lolín! Casi tanto como a la almohada de su cama —pequeña y blandita, porque es más sano dormir con la

cabeza baja—, a los muebles de su cuarto —copiados todos de la «Sección Pirula»—, a su pequeña biblioteca, en que aparecen completas las series de «Pinocho» y «Chapete», así como los tomos de la colección «Pera», o, en fin, a la sortija de sello que le regaló su tía María el día de su santo.

Esta famosa taza de Lolín, elegida por ella en la tienda y reservada expresamente para ella solita, es blanca con lunares azules; está ribeteada por un filete azul, y el asa es azul también.

Para dar a Lolín una gran alegría se me ha ocurrido ofrecerle... el retrato de su taza.

Pero como en esta sección todo tiene su utilidad, este retrato constituye a la vez una labor

facilísima de hacer y un bonito adorno para el babero o el delantal de Lolín. De Lolín y de todas vosotras, que seguramente lo reproduciréis, aun cuando no fuese vuestra taza idéntica a ésta.

Los lunares son algo engorrosos de bordar y es difícil que salgan perfectamente redondos; este inconveniente se soluciona de una manera sencillísima, y es haciendo la taza con un trozo de cretona de lunares, recortado y pegado a punto de festón; con un punto de cadeneta se rodea cada lunar para darle así más realce.

El plato, el asa y el humo se bordan también a punto de cadeneta, o de cordón, con algodón «perlé».

En el delantal, se aplican y bordan dos tazas, que formarán los bolsillos; como veis, cuando se mete la mano en estos bolsillos, desaparece el humo, que va bordado sobre el delantal directamente, y puesto que desaparece el humo, es que el chocolate ya se ha enfriado y nos lo podemos tomar sin miedo a quemarnos la lengua.

PIRULA, REPOSTERA

Tarta de avellanas.—

Como sé que os gustan tanto las avellanas, no le doy más nombre a este pastel que el de «tarta de avellanas», que bastará, seguramente, para llamar la atención de vuestra golosina.

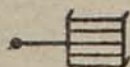
¡Qué no será después que lo probéis!

La receta es la siguiente:

se pesan 250 gramos de avellanas tostadas y molidas, pero sin mondar; e igual cantidad de azúcar.

Luego se trabajan seis yemas de huevo con el azúcar; se añaden las avellanas; se mezclan cuatro cucharadas grandes de fécula de patata con una cucharadita pequeña de polvos de levadura, y se echa todo ello en la masa, poco a poco, a través de un tamiz; se añade un poquito de nuez moscada y, por último, las seis claras de huevo en punto de nieve.

Esta tarta se mete en el horno en un molde untado de mantequilla.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.

—¿Y aquel piquillo, don Lucas?

—Lo pagaré con el tiempo.
—Hombre, vea usted si puede pagarme con el dinero.

VICENTE VERA.
Trece años. Madrid.

¿Cuál es el mar más aristocrático?

El mar-qués.

S. GALIANA.
Ocho años. Madrid.

En un almacén de objetos para escuela entran dos paletos, y uno de ellos dice:

—El maestro me ha encargado que le lleve un globo terráqueo.

—¿De qué tamaño lo desea?

—Por el precio no se preocupe usted... Deme uno de tamaño natural.

F. GALIANA.
Once años. Madrid.

¿Por qué la mujer tiene tres piernas y el hombre dos?

Porque la mujer tiene dos piernas, y media en una y media en la otra, hacen tres.

¿En qué se parece un cajón a un boticario?

En que sirven pastillas.

JOSÉ BELTRÁN.
Trece años. Madrid.



Un acorazado.

RAFAEL CAÑELLAS.—Doce años.

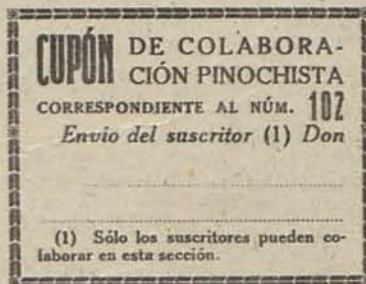


Estas niñas que veis lo quieren pasar muy bien; mas como tienen algunas perras, van corriendo a la globera. Ya se están divirtiendo, saltando y corriendo; pero un chico travieso corta los globos con unas tijeras, mas un guardia que lo ve sale corriendo detrás de él.

MANUEL NIETO.—Diez años.



Gente «bien».
JOSÉ BAQUÉ.
Quince años.



Currinche.
LOLITA ROSALES.—Nueve años.

¿En qué se parece un pollo «bien» a un sello de correos?

En que tiene goma.

¿Cuál es el colmo de una niña que no tiene brazos?

Decir que tiene muñecas.

EDUARDO DE ORDUÑA.
Diez años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de un zapatero?

Poner medias sueltas en una bota... de vino.

ABEL FERRÚS LLORÉNS.
Trece años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de un carpintero?

Llamarse Marcos; ser natural de Madera; tener varios hijos listones; una hija traviesa, y un perrito que le mueva la cola.

¿En qué se parece un carbonero a un fascista?

Pues en que tienen la camisa negra.

M. LUISA DEL CAMPO.
Diez años. Alcalá de Henares.

Una señora al casero:

—Le advierto a usted que tenemos la casa llena de ratones.

—Pues busquen ustedes casa inmediatamente. Ya les advertí que no quiero animales en casa.

ANTONIO VALVERDE.
Quince años. Ceuta.



Un manso.
RAFAELÍN CÁCERES.



El malvado Chapete.
JULIO SÁIZ.
Once años.



El despacho de Pinocho.

MERCEDES ILLERA.



Mi hermano Manolo enseña a llorar al loro.
MARÍA NIETO.
Trece años.



El cura de mi pueblo.
PILAR CÁCERES.

Vale por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don..... (1)

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribese aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

DE LA COLECCIÓN
CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES
PRIMERA SERIE



Precio 6 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América éstas y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe, más 0,75 pesetas para gastos de envío certificado.

VIDA PINOCHISTA



Nuestras preciosas suscriptoras cubanas
Nenesita y Eugenia Pereira.



Angelita Baños. Lindísima suscritora de
esta Revista.



Fernando García Guijarro y Corredor.
Suscriptor y gran Pinochista.



Nenita Grau y Machado. Una de las más
entusiastas y lindas amigas de Pinocho
en Cuba.

Si eres buen amigo de Pinocho, envíale hoy este BOLETÍN DE SUSCRICIÓN

D., que vive en
(Población.)
.....
(Calle.) se suscribe a PINOCHO
(Provincia.)
por (1) { UN AÑO } cuyo importe de { 20 pts. } remite a la Administración de
{ UN SEMESTRE } { 10 pts. } (C. de Valencia 28, Madrid.)
{ UN TRIMESTRE } { 5 pts. }
PINOCHO en (2) a contar desde el próximo número.
En a de de 192.....
(Población.)
FIRMA:



(1) Bórrase lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



Pinocho sortea cada mes sesenta pesetas en dinero y libros entre todos sus suscritores. En el número primero de cada mes se publica el nombre de los favorecidos

A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez PINOCHO sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a Pinocho y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a Chapete!

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas del siguiente

CUPON

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

Querido amigo: Te envío adjunta una lista de nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —sin compromiso alguno para mí ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual.

Te abraza tu amigo.
(Firma.)

DIRECCIÓN DEL REMITENTE:



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que te hable hoy?

—Hoy quiero, querido buho, que me hables de los microbios.

—Pero tienes que decirme de qué clase de microbios quieres que te hable, pues son tantos, que para hablarte de todos necesitaríamos muchísimo tiempo.

—Me pones en un aprieto, amigo buho, porque yo no sé qué clases de microbios hay y no puedo escoger.

—Pues mira, será mejor hacer dos grupos generales y así la elección será fácil.

—Me parece muy bien.

—Te los dividiré en microbios buenos y microbios malos. Es decir, microbios amigos y microbios enemigos nuestros.

—¡Ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—¿Pero es que hay microbios amigos nuestros?

—¡Naturalmente!

—Pues yo no he oído decir a nadie que tenga un amigo microbio.

—No me entiendes, Chonón. Quiero decirte que hay microbios que nos benefician, que son buenos para nosotros y que los consideramos, por tanto, como amigos nuestros, mientras que otros nos son perjudiciales y hay que temerles como a enemigos.

—¡Ah! ¡Ya te entiendo! Pues háblame de las dos clases. Tan interesante es conocer a nuestros amigos como a nuestros enemigos, ¿no te parece?

—Eso que dices es cierto; pero ya te he dicho antes que para hablarte de todos los microbios necesitaríamos mucho tiempo. ¿Te has traído un microscopio?

—No. ¿Para qué lo quieres?

—Porque sin microscopio no los puedes ver.

—¿Me has fastidiado!

—Yo no tengo la culpa de que los microbios sean tan chiquititos.

—¿Cómo serán de pequeños? ¿Como un granito de arena?

—Infinitamente más pequeños. Figúrate que en un trozo de carne del tamaño de un grano de arena puede haber millones de microbios.

—¿Y todos buenos?

—Según el estado de la carne; porque si está en período de descomposición, es que la han invadido los microbios malos y acaban por devorarla.

—Te confieso una ignorancia que hasta ahora he padecido.

—¿Cuál?

—Pues que yo creía que todos los microbios eran malos. Me has dejado asombrado al decirme que también los hay buenos.

—Si todos los microbios que existen fuesen malos, no sería posible nuestra vida. Nosotros, querido Chonón, vivimos gracias a los ejércitos de microbios buenos que nos defienden contra los ataques de nuestros enemigos, los microbios malignos. Cuando, por ejemplo, entra en nuestra sangre un microbio malo, los otros, los microbios buenos, lo persiguen, se precipitan sobre él y lo destruyen.

—¿Y si son muchos los malos y pueden más que los buenos?

—Entonces, querido Chonón, los que sucumben son los buenos, y si éstos están en nuestra sangre o en otra parte de nuestro cuerpo, seremos víctimas de la crueldad de nuestros enemigos.

—Yo quiero que me digas qué tengo que hacer para que no entre en mi cuerpo ningún microbio malo.

—Pues procura todo lo posible huir de ellos. Ten en cuenta que el aire, la luz y la limpieza matan a los microbios dañinos. Procura estar, cuanto más tiempo mejor, al aire libre, limpiarte mucho el cuerpo, y muy frecuentemente las manos y la boca, y comer alimen-

tos sanos y limpios. No permanezcas en locales que carezcan de ventilación, ni en sitios donde se alojen caballos, vacas u otros animales, porque de no observar estos consejos es muy fácil verse atacado por enfermedades, que no son otra cosa que batallas que nos dan los microbios perjudiciales a nuestra salud.

—¿Sabes que me has metido en aprensión?

—Tú dirás por qué.

—Porque recuerdo que el otro día noté que la leche del desayuno estaba un poquito agria. ¿Serán los microbios los que la pusieron así?

—¡Naturalmente!

—¿Me lo aseguras así? ¿Con esa sangre fría? ¿No ves que me voy a morir del susto?

—No sé por qué, pues los microbios que ponen agria la leche son precisamente los amigos nuestros.

—¡Ah! ¿Qué peso me quitas de encima!

—Puedes estar completamente tranquilo. La leche agria es buena para nuestra salud.

—Pues a mí no me gusta a pesar de eso.

—Ni a mí tampoco; pero si la tuviera que tomar como medicamento, la tomaría.

—Eso es tanto como decirme que la leche agria es una medicina.

—Sí, señor Chonón. Ya te he dicho que son los microbios buenos los que ponen agria la leche, y no debe, por tanto, extrañarte que para combatir algunas enfermedades esté indicado tomar leche agria.

—Para que los microbios buenos se coman a los malos, ¿no es eso?

—Precisamente para eso. Veo que casi casi eres ya un médico excelente.

—¿Y en la mantequilla también hay microbios?

—Son los mismos que hay en la leche, los que hacen la nata, la mantequilla y el queso, y según la clase de microbios así son los gustos de estos productos. En algunos países hay químicos que se dedican al cultivo de microbios de distintas clases para luego venderlos, bajo forma de levadura, a los fabricantes de quesos y mantecas.

—¿Pero es que los microbios se cultivan como las patatas?

—Nada de eso, Chonón. El cultivo de los microbios consiste en facilitar su nacimiento y su desarrollo.

—Es curioso. Y dime: ¿dónde hay más probabilidades de encontrar microbios malos además de los sitios que me has citado antes?

—En los basureros, en las aguas sucias o estancadas, en las cosas corrompidas, en todo aquello, en fin, que nos produce repugnancia natural.

—¡Cuánto me gustaría ver un microbio! Otro día me traeré un microscopio.

—¿Lo tienes?

—Yo, no; pero Don Turulato me dejará uno que tiene muy largo, muy largo, para ver la luna y las estrellas.

—¡Ja, ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—Es que eso no es un microscopio, Chonón. Eso es un telescopio. No confundas, hombre, no confundas.

—Bueno, pero yo creo que no es para reírse tanto.

—¡Ja, ja! Es que has tenido gracia, Adiós, Chonón, hasta otro día. que hoy ya es tarde. Recuerdos a Don Turulato y al telescopio, ¡ja, ja!

—¡Caray, qué risita!



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Ena Bermúdez de Cárdenas.—Figurate la alegría que me habrá dado leer tu carta, queridísima amiguita, y ver que pides en ella lo que precisamente se nos ocurrió hace poco tiempo, como habrás comprobado en uno de los números anteriores al ver la nueva Sección «La Vida Pinochista». No hay nada que a mí me guste tanto como agradar a mis amigos, y, por tanto, el haber coincidido contigo me satisface extraordinariamente. A ver si nuestra idea (tuya y mía, puesto que a los dos se nos ha ocurrido casi al mismo tiempo) resulta bien y encontramos muchos amigos en todo el mundo por medio de mi Semanario y dentro de algún tiempo hay un gran número de Pinochistas en estrecha y cariñosa relación, iniciada por mediación mía.

Manuel Nieto.—Muy bonito, muy bonito tu dibujo y muy gracioso, muy gracioso el chiste que le has puesto. Nos hemos reído mucho todos, en especial Morronguís ha estado a punto de morir de risa. Tan pronto le llegue su turno, irá a las páginas de mi Revista. Tuyo siempre.

José María Borrell.—De tus tres preciosos dibujos he escogido el que me ha parecido más bonito, después de un larguísimo rato de titubeo, porque los tres están insuperables. La razón de esto es que cada dibujo debe venir acompañado de su correspondiente cupón, y, por lo tanto, un cupón no sirve más que para un trabajo. Comprenderás, queridísimo Pepito, que a esto me obliga el deseo de complacer a todos, pues todos quieren, como es natural, ver sus trabajos publicados en mi Revista. Ya lo sabes, pues, manda cada dibujito con su cupón correspondiente. El molino tuyo, estupendo en gracia, arte y naturalidad; lo verás en cuanto le toque salir. Muchos abrazos de todos.

Carmen Losada.—¡Símpatica Carmencita! Tu carta me llena de extrañeza. ¿No has visto el número 74 de mi Revista? En él puedes contemplar y admirar tu precioso dibujo, precisamente el mismo, el mismísimo por el que tú

me preguntas. Y nada más, Carmencita. Muchos abrazos de tus amigas Píru-la, Anita y Laura.

Crescencio Ruiz Ariño.—Puedes enviar, siendo suscriptor, todos los trabajos que gustes, acompañados, claro está, cada uno de su correspondiente cupón. Muchos y apretados abrazos.

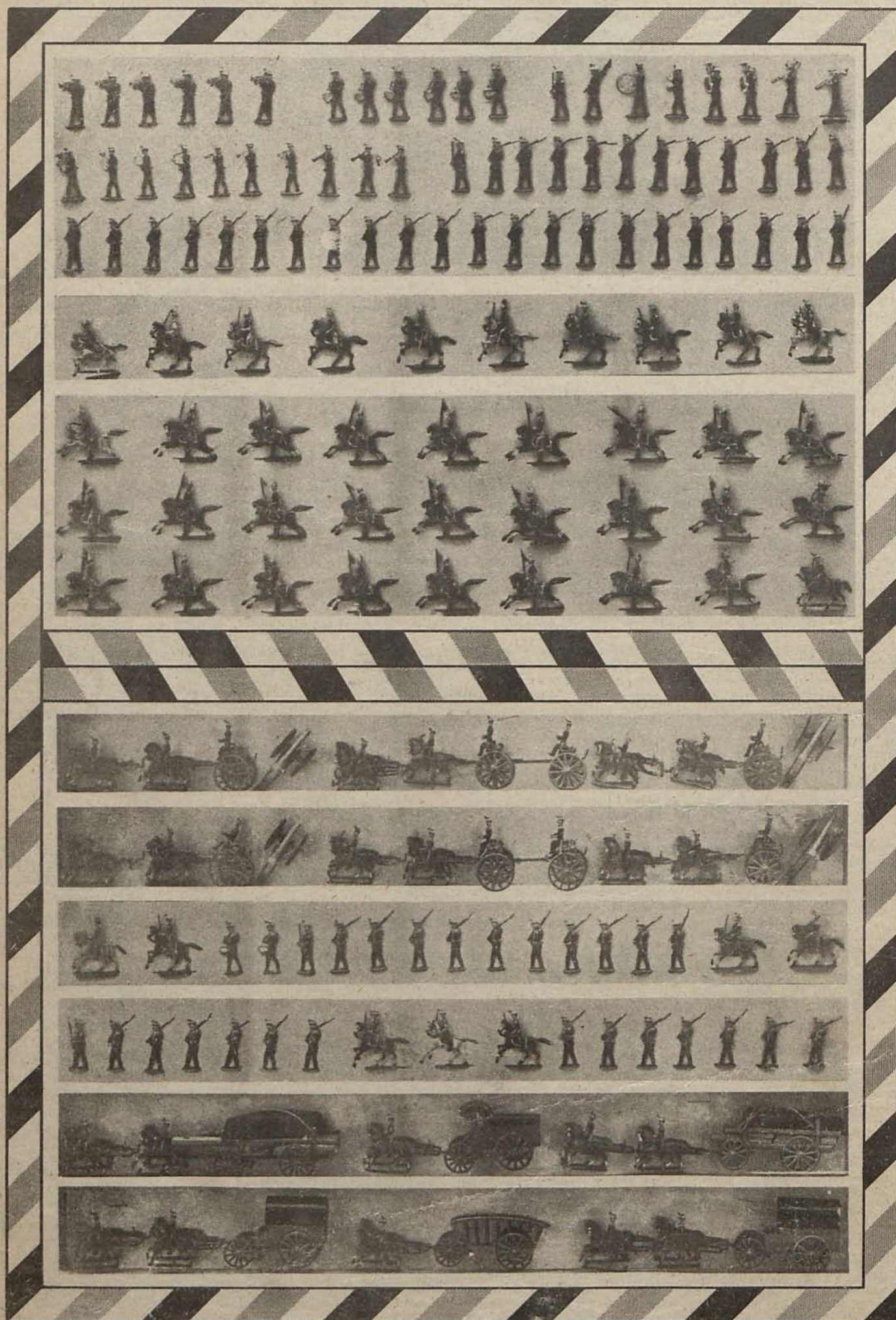
Rafaelín Mora.—Es una lindeza el dibujito que me mandas, y digo sólo el dibujito porque el otro, el hecho a lápiz, no sirve para publicarlo precisamente por eso, por estar hecho a lápiz, y conste que es tan bonito el uno como el otro; pero ¿cómo has hecho el uno con tinta y el otro con lápiz, querido Rafaelín? Todo lo que me envíes hazlo con tinta y verás qué bien se reproduce. Siempre tuyo.

Justo Cano.—No es posible lo que tú quieres. El Gran Consejo Pinochista no me autoriza para admitir trabajos de amigos de suscritores, aunque vengan con cupón. Tratas tú mismo de sacrificar tus propios derechos, claro que en aras de una buena amistad, lo reconozco, pero yo tengo que respetar los derechos de todos mis queridos amigos. Abrazos de Currinche y míos muy cordiales.

Pincho

DEL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS

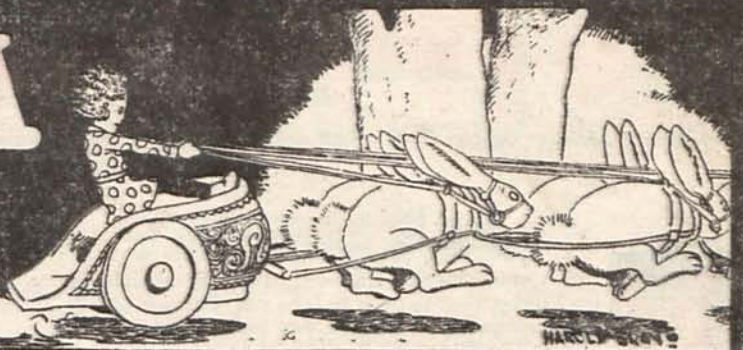
PARA LOS SUSCRITORES DE "PINOCHO"



REPRODUCCIÓN MUY REDUCIDA DE LA MAGNIFICA **CAJA DE SOLDADOS** CON 275 PIEZAS QUE FORMAN EL SEGUNDO PREMIO DEL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES DE **PINOCHO**. LOS SOLDADOS TIENEN 5 CENTÍMETROS DE ALTO CADA UNO

ANITA

BUEN-CORAZON



ASI EMPIEZA "EL FALSO PINOCHO"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astado rival de trapo.)

TRANSFORMACIÓN DE CHAPETE

MUY fastidiado estaba Chapete; al famoso capitán de los Piratas Negros todo le salía mal. De nada le servían su ingenio, su audacia y su maldad; de nada le servían la agilidad de Tintinelo ni la fuerza de Patapón. Sus planes maquiavélicos fracasaban invariablemente; sus aventuras terminaban siempre en el más espantoso de los ridículos.

Y lo peor, lo que le volvía loco de rabia, era que al final de todos sus fracasos veía erguirse, burlona y triunfante, la nariz legendaria de su enemigo eterno, de su aborrecido rival, de Pinocho.

¡Oh, la última aventura en Babia, donde él, Chapete, había estado a punto de ser proclamado Rey, y donde había sido derrotado por la maldita intervención de Pinocho! ¡Siempre Pinocho! No podía olvidarlo; y este recuerdo, tan vivo todavía, le hacía apretar sus puños de trapo y le helaba el serrín en las venas.

A bordo de su bergantín *El Chacal*, y mientras que la tripulación, Tintinelo, Patapón y Voltereta, estaban aterrados por el humor de su capitán, este se pasaba los días sufriendo, blasfemando, dando grandes zancadas por el puente o tumbado en su camarote, borracho como una cuba.

En su cabezota no había más que una idea constante y fija: vengarse de Pinocho.

Claro que el odioso Chapete no meditaba una venganza leal, cara a cara; porque él —como todos los malvados— era cobarde. Prefería no tener que habérselas frente a frente con el héroe invencible, y toda su obsesión era encontrar el medio de herirle a traición, villana e hipócritamente. «La mejor venganza sería desacreditarle en el mundo entero», pensaba Chapete entre chupada y chupada a su cachimba.

«Pero, ¿cómo? ¿Inventando calumnias? Nadie querría creerlas. ¿Qué hacer?»

Y pensando, pensando, mientras daba innumerables paseos por el puente de su bergantín y mientras bebía cubas enteras de ron y arrojaba infinitas bocanadas de humo de su enorme pipa de lobo de mar, Chapete acabó por encontrar un plan diabólico, increíble.

Se encerró en su camarote, donde estuvo ocho días sin salir. La tripulación estaba asombrada y alarmadísima; pero cada vez que alguno llamaba a la puerta —Patapón con un fuerte puñetazo, Tintinelo con la muleta, Voltereta arañando con sus patitas—, Chapete contestaba desde dentro, dando gritos y con la exquisita cortesía en él peculiar:

—Dejadme en paz. ¡Idos a freír espárragos!

Al llegar el octavo día, la puerta del camarote se abrió al fin, y alguien apareció; alguien que hizo lanzar a Tintinelo este grito:

—¡Cielos! ¡Pinocho aquí!

En efecto; el que salía del camarote de Chapete era Pinocho con su famosa casaca azul, sus inconfundibles pantalones rojos y su celebérrima nariz.

—¡Ah, bandido —rugió Patapón, amenazando con sus terribles puños en alto—, has asesinado al capitán!...

Pero entonces, por debajo de la nariz salió una carcajada y una ronca voz que decía:

—¡Imbecítes! ¿No me reconocéis?

—¡Era Chapete!!!

—Chapete, sí; pero perfectamente disfrazado de Pinocho, con el mismo traje del gran muñeco y con una nariz de cartón sujeta a su chata nariz.

Chapete, que había concebido la idea horrible de ir por el mundo fingiendo ser el héroe universal y cometer, amparado con su nombre ilustre, toda clase de fechorías para desprestigiarle así ante los ojos de sus innumerables admiradores y para lucrarse, de paso, impunemente.

«Lo mejor —pensaba el infame— era empezar por algún país donde Pinocho no hubiera estado y donde no le conociera personalmente nadie; de este modo sería más fácil «dar el pego».

Ahora, que el hallar un país donde Pinocho no hubiera estado, no era tan fácil como a primera vista parecía. ¡Pinocho había estado en tantas partes!

Chapete cogió un mapa en el que había todos los países conocidos y aun los desconocidos, no solamente de la tierra, sino los del sistema planetario; un mapa de pirata, en una palabra. Lo extendió sobre una mesa y empezó a buscar detenidamente.

¿La India? ¿La China? ¿El Polo Norte? ¿Gordinfonia? ¿Babia? ¿La Luna?... En todos estos sitios y en muchos más había estado Pinocho realizando alguna proeza sorprendente y dejando tras su paso un recuerdo imborrable de su valentía, su heroísmo y su talento. (Esto de la valentía, el heroísmo y el talento de Pinocho no creáis que lo pensaba Chapete; lo pienso yo, y vosotros sabéis que es la pura verdad.)

De repente, Chapete lanzó un grito de alegría y su gruesa

trapo se posó sobre un nombre que había en el mapa: Reino Dorado. Allí, en el país más rico del mundo, donde el oro abunda de un modo fabuloso, allí no había estado Pinocho.

Aquella misma tarde, sin pérdida de tiempo, *El Chacal* zarpó con rumbo hacia el Reino Dorado.

II

LA PRINCESA DORALINDA TIENE UN DULCE DESPERTAR

EN su cama de oro macizo dormía la Princesa Doralinda. En un reloj que en la alcoba había dieron las siete; la Princesa abrió los ojos y paseó en torno suyo una mirada angelical, de niña buena y muy dichosa. Miró al sol, que entraba a raudales a través de los encajes de los balcones, inundando la estancia de luz y alegría. Miró a su armario, cuya luna era de oro pulido, tan liso y brillante, que las cosas se reflejaban en ella como en el más perfecto espejo veneciano.

Miró el espléndido ramo de botones de oro que adornaban el jarrón de oro repujado.

Miró las paredes tapizadas de oro.

Miró su muñeca, rubia, como el oro, vestida con un traje de tisú de oro, que dormía en una butaca con la actitud correcta de una muñeca bien educada.

Pero lo que particularmente atrajo las miradas de Doralinda, lo que ésta no se cansaba de mirar, eran dos cosas:

La primera era su biblioteca de madera dorada, en la cual lucían sus magníficas encuadernaciones la colección completa de las *Aventuras de Pinocho*; esas Aventuras maravillosas que Doralinda, como todos nosotros, había leído y releído tantas veces que se las sabía de memoria.

La segunda era un retrato que, en espléndido marco de oro, con incrustaciones de piedras preciosas, se hallaba en el testero principal; aquel retrato era el del admirado Pinocho. Porque Pinocho era el ídolo de Doralinda. La Princesita se pasaba horas y horas contemplándole, y aquella mañana, al posar su mirada en el famoso aventurero, Doralinda le dedicó su sonrisa más encantadora.

Debajo del retrato del glorioso muñeco había otro; pero éste no tenía marco de oro, ni siquiera de madera vulgar; estaba sencilla y ferozmente clavado a la pared por un grueso alfiler de sombrero que le atravesaba por el centro del cuerpo. Este retrato era el del odioso Chapete.

Al mirarle, la Princesita sintió tal impulso de antipatía, que no pudo reprimir un gesto que no deben hacer nunca las niñas buenas, pero que en aquella ocasión era disculpable por tratarse de la imagen del granuja *Pata Palo*: le sacó la lengua. Acaso nuestra Princesita se hubiese avergonzado de su actitud si no hubiera sido porque en aquel momento notó repentinamente que tenía hambre.

Agitó una campanilla de oro, que colgaba de la cabecera de la cama, y al punto se abrió la puerta, y por ella apareció una doncella que traía una bandeja de oro y de la que se escapaba un aroma exquisito. ¡Como que estaba cubierta de golosinas que rodeaban una tacita de chocolate sabrosísimo!

Mientras que Doralinda se desayunaba en la cama —supongo que vosotras no seréis tan comodonas, pero a una Princesita hay que perdonarle algunos defectillos, sobre todo cuando es tan mona como ésta—, murmuraba pensativa:

«¡Dios mío! ¿Porqué no tendré yo la suerte de Rosa Luz, de Redondita de Tocaroco y tantas otras Princesas que le han conocido y que son amigas suyas?»

Porque habéis de saber que el mayor deseo de Doralinda era conocer a Pinocho, su héroe predilecto.

En aquel instante la doncella reapareció para entregar a Su Alteza un telegrama.

—¿Quién podrá telegrafiarle? —murmuró la Princesita intrigada y contemplando el telegrama, como si pretendiese adivinar su contenido sin abrirle. Hasta que al fin se decidió, y con sus dedos de azucena rasgó el papel dorado, porque en aquel país hasta los telegramas son de oro.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe *EL FALSO PINOCHO*, y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.

